

LA TEORÍA CRÍTICA DE LA ESCUELA DE FRANKFURT Y LA PERSISTENCIA DEL POPULISMO AUTORITARIO EN ESTADOS UNIDOS

John Abromeit
SUNY, Buffalo State

Resumen/*Abstract*

La primera parte del ensayo ofrece una breve reseña de los estudios de los teóricos críticos sobre el autoritarismo y el populismo de derecha. La segunda parte examina la aparición del *Tea Party* y el éxito de Donald Trump en la expansión e intensificación de este movimiento populista de derecha al unirlo a su propio liderazgo autoritario. Aprovechando los recursos conceptuales esbozados en la primera sección, intento demostrar en la segunda sección cómo los análisis de los teóricos críticos sobre el populismo de derecha y el autoritarismo todavía pueden explicar los aspectos clave del *Tea Party* y Trump. A lo largo de este ensayo, la Teoría Crítica y el populismo de derecha se sitúan en dos niveles de periodización histórica: en primer lugar, la época burguesa moderna como un todo y, en segundo lugar, periodos específicos dentro de esa época. El objetivo de esta última periodización es ilustrar las condiciones históricas y sociales específicas que han inhibido o favorecido el surgimiento de movimientos populistas de derecha y autoritarios.

Palabras clave: Teoría crítica, populismo de derecha, autoritarismo, Escuela de Frankfurt.

The Critical Theory of the Frankfurt School and the persistence of authoritarian populism in the United States

The first part of the essay provides a brief overview of the Critical Theorists' studies of authoritarianism and right-wing populism. The second part examines the emergence of the Tea Party and Donald Trump's success in expanding and intensifying this right-wing populist movement by harnessing it to his own authoritarian leadership. Drawing on the conceptual resources outlined in the first section, I seek to demonstrate in the second section how the Critical Theorists' analyses of right-wing populism and authoritarianism can still explain key aspects of the Tea Party and Trump. Throughout this essay Critical Theory and right-wing populism is situated within two levels of historical periodization: first, the modern bourgeois epoch as whole and, second, specific periods within that epoch. The aim of the latter periodization is to illuminate the specific historical and social conditions that have inhibited or favored the emergence of right-wing populist and authoritarian movements.

Keywords: Critical Theory, right-wing populism, authoritarianism, Frankfurt School.

John Abromeit

Es Profesor Asociado de Historia en la Universidad Estatal de Nueva York, en Buffalo, donde enseña cursos sobre Historia europea moderna, historia intelectual y teoría social crítica. Es coeditor de *Herbert Marcuse: A Critical Reader* (Routledge, 2004) y *Transformations of Populism in Europe and the Americas: History and Recent Tendencies* (Bloomsbury Academic, 2016). Es autor de *Max Horkheimer and the Foundations of the Frankfurt School* (Cambridge UP, 2011). Sus artículos y reseñas de libros han aparecido en *Constellations; Theory, Culture and Society; The Journal of Modern History; The American Historical Review; Logos; Radical Philosophy; The German Quarterly* y *Cuadernos de Filosofía Alemana*.

Introducción

Aunque el crecimiento de los movimientos y partidos populistas de derecha en Europa en las últimas décadas, y el más reciente éxito del *Tea Party* en Estados Unidos, han recibido amplia atención entre científicos sociales, la continua expansión de estos partidos en Europa y la elección de Donald Trump a la presidencia de E.U. han sorprendido y confundido a muchos estudiosos. Hace diez años, pocos académicos habrían pronosticado que partidos populistas de derecha estarían actualmente gobernando (como en Hungría y Polonia), amenazando con gobernar (Francia, Suiza), formando poderosos e influyentes partidos de oposición (Austria, Holanda, Dinamarca, Eslovaquia), o surgiendo como una nueva fuerza en la política electoral (Inglaterra, Suecia, Finlandia e, incluso, Alemania). Hace apenas un año, pocos habrían pronosticado que los ingleses votarían a favor de salir de la Unión Europea, o que Donald Trump sería elegido. En este ensayo, sostengo que este asombro generalizado entre científicos sociales, y la dificultad que enfrentan para explicar el persistente y creciente éxito del populismo de derecha en Europa y E.U., revelan puntos ciegos teóricos históricos y críticos en su trabajo que podemos elucidar si revisamos el rico corpus de trabajo sobre el populismo y autoritarismo de derecha en los escritos de los miembros del *Frankfurt Institute for Social Research*. Desde finales de la década de 1920, y hasta la posguerra, Max Horkheimer y sus colegas en el *Institute* publicaron varios importantes estudios históricos, teóricos y empíricos que hoy sirven aún para aclarar la persistencia del populismo y autoritarismo de derecha desde el siglo xx hasta el xxi.

En el espíritu del tema general de este libro –y de la conferencia de donde surgió–, en este capítulo examino los aspectos decisivos del desarrollo y conformación de la teoría crítica durante su periodo de exilio en

E.U. en las décadas de 1930 y 1940. Luego, analizo cómo y por qué las “experiencias científicas” de los teóricos críticos en E.U. todavía son relevantes para explicar acontecimientos sociales y políticos contemporáneos en el país de exilio.¹ La primera parte del ensayo presenta un breve panorama de los estudios de los teóricos críticos sobre el autoritarismo y populismo de derecha centrado, mayormente, en trabajos empíricos que llevaron a cabo en E.U. en los años de 1940. Enseguida, examino conceptos claves de la obra *Dialectic of Enlightenment*, entre ellos el antisemitismo burgués. En la segunda sección analizo el surgimiento del *Tea Party* y el éxito de Trump en expandir e intensificar este movimiento populista de derecha al unirlo a su liderazgo autoritario. Aprovechando los recursos conceptuales esbozados en la primera parte, procederé a demostrar cómo los análisis del populismo y autoritarismo de derecha de parte de los teóricos críticos aún puede explicar algunos de los aspectos fundamentales del *Tea Party* y de Trump que han tomado por sorpresa a tantos científicos sociales contemporáneos. A lo largo del capítulo, situaré a la teoría crítica y al populismo de derecha en dos niveles de periodización histórica. El primero —que menciono sin profundizar en él— es la moderna época burguesa en general; el segundo consiste en etapas específicas dentro de una época: a saber, los periodos históricos que coinciden con la emergencia, el declive y el resurgimiento del populismo de derecha desde fines del siglo XIX hasta la fecha. El objetivo de esta periodización consiste en identificar las condiciones históricas y sociales específicas que han inhibido o favorecido la emergencia de los movimientos populistas y autoritarios de derecha.

Revisando los análisis del populismo y autoritarismo de derecha de los teóricos críticos

Los continuos esfuerzos por entender el fascismo fueron elementos cruciales del desarrollo de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt. En térmi-

nos generales, lo llegaron a comprender como una expresión de populismo autoritario de derecha. Aunque alcanzó extremos sin precedente en la Alemania Nacional Socialista, no fue un fenómeno exclusivo de ese país. Lo veían como un resultado de poderosas tendencias socio-históricas y socio-psicológicas presentes en todas las sociedades capitalistas avanzadas: “Der Faschismus ist kein Zufall gewesen”, como alguna vez lo dijo Adorno.² Un buen punto de partida para reexaminar el rico corpus de trabajos sobre el autoritarismo de los teóricos críticos es el ensayo de Max Horkheimer de 1937, “Egoism and Freedom Movements: On the Anthropology of the Bourgeois Epoch”, que analiza los orígenes históricos del fascismo como una transformación de movimientos populares de protesta —lo que él llama “movimientos de libertad burgueses”— de izquierda y derecha, y que correspondió a la transformación histórica de la relación entre la burguesía y las clases bajas que ocurrió en Europa en el siglo XIX y principios del XX. Es importante retomar este ensayo no sólo por su argumento sobre la transformación de los movimientos de protesta populares y la ideología populista de sus líderes, sino porque estableció los cimientos históricos y teóricos de buena parte del trabajo empírico sobre el autoritarismo que el *Institute* llevaría a cabo en E.U. en los años 40. Refiriéndose a ese ensayo, Martin Jay escribió: “casi no tiene paralelo como un semillero para mucho del posterior trabajo de la Escuela de Frankfurt”³

En su ensayo “Egoism”, Horkheimer examina varios líderes de movimientos sociales populares en el temprano periodo moderno, cuyos intentos de movilizar, o controlar, a las clases bajas contribuyeron a consolidar el poder de la sociedad burguesa. Sus estudios de caso son de Cola di Rienzo y Savonarola, líderes de movimientos de protesta popular en Roma y Florencia en los siglos XIV y XV; Martín Lutero, John Calvin y la Reforma; y Robespierre y la Revolución francesa. En cada caso, Horkheimer enfatiza la peculiar relación que emergió entre los líderes burgueses y las clases bajas durante la trayectoria de los movimientos. A este respecto observó:

Los esfuerzos de la burguesía por lograr la aceptación de sus demandas de una administración más racional frente a los poderes feudales, apoyada por las desesperadas masas populares, mientras que consolidaba simultáneamente su dominio sobre esas masas, juntos explican la peculiar manera en que se llevó a cabo la lucha para “el pueblo” en esos movimientos.⁴

Por un lado, Horkheimer remarca los aspectos genuinamente progresivos de esos movimientos sociales, generados por el interés compartido por los burgueses y las clases bajas para derrocar a gobiernos aristocráticos o absolutistas; pero, por el otro, se enfoca en los aspectos autoritarios de los movimientos, donde se asoma la incipiente divergencia entre los intereses de esos dos grupos. Tras las revoluciones burguesas de los siglos XVII y XVIII, este latente conflicto de intereses emergería en el poderoso movimiento socialista que surgió en el siglo XIX para desafiar a la nueva hegemonía burguesa. El surgimiento del fascismo en Europa en los años 20 representó algo cualitativamente nuevo, en el sentido de que rompió con el tradicional conservadurismo del siglo XIX e implicó la movilización “del pueblo” contra la percepción de una inminente amenaza desde la izquierda socialista. Observando la creciente marea del fascismo europeo en 1937, Horkheimer escribió,

En el pasado más reciente, los levantamientos ocurridos en algunos estados europeos no son [...] reacciones absolutistas o religiosas, sino la escenificación de una pseudo-revolución burguesa con ciertos ‘adornos’ radical populistas, totalmente contraria a cualquier posible reorganización de la sociedad. Las formas que adoptan parecen ser una pobre imitación de los movimientos discutidos anteriormente.⁵

Aquí podemos ver que Horkheimer enfatiza no sólo los elementos populistas del fascismo sino, también, la diferente función que ellos cumplen en las condiciones sociales e históricas, ya modificadas, del temprano siglo XX europeo. Simplificando un poco, podríamos decir que desaparecieron los elementos progresivos que caracterizaban a los tempranos movimientos modernos, quedando únicamente los aspectos autoritarios.⁶

El principal punto para nuestros propósitos es que el ensayo de Horkheimer enmarca un análisis histórico de la transformación del populismo en el contexto mayor de la transformación de la sociedad burguesa, haciendo hincapié en el surgimiento de poderosas tendencias populistas de derecha en Europa hacia finales del siglo XIX que propiciaron exitosos movimientos fascistas en varios países en los años 20 y 30. Aquí es preciso detenernos para reflexionar sobre el hecho de que, en esa época, la mera idea de un “populismo de derecha” probablemente parecía un oxímoron. El populismo y apelaciones “al pueblo” (“*das Volk*”) fueron aspectos fundamentales de los movimientos liberal-democráticos del siglo XIX; en contraste, los conservadores tradicionales de entonces eran sólidamente antidemocráticos y antipopulistas. No obstante, para finales del siglo XIX, ya entendían que la batalla contra la democracia estaba perdida y que si las élites conservadoras querían conservar sus posiciones de poder frente a una “época de las masas” tendrían que aprender a jugar el juego de la democracia para lograr que sus desenlaces les fuesen favorables.⁷ Un síntoma de la nueva estrategia populista de derecha fue la archiconservadora *Kreuz-Zeitung* que, después de la Segunda Guerra Mundial, cambió su encabezado de “*Vorwärts mit Gott für König und Vaterland*” a “*Für das deutsche Volk*”.⁸ Sin embargo, como la historiografía más reciente enfatiza, ese nuevo populismo de derecha no fue un simple invento de élites conservadoras.⁹ Ciertamente es que ellas ansiaban manipularlo, pero sus orígenes fueron genuinamente espontáneos y populares. El surgimiento del populismo de derecha a principios del siglo XX como una fuerza social y política cualitativamente nueva en las sociedades industriales avanzadas debe entenderse, en otras palabras, como una combinación del activismo genuino de las bases (*grassroots*) con intentos de las élites conservadoras de manipular los movimientos para sus propios propósitos.

Horkheimer y sus colegas en el *Institute* se interesaban por ambos aspectos del populismo de derecha. De hecho, en su primer estudio empírico mayor sobre trabajadores de cuello azul y blanco en los últimos años de la República Weimar, Horkheimer y Fromm intentaron determinar

qué tan susceptibles eran esos trabajadores alemanes ante las tentaciones de los movimientos políticos autoritarios de derecha.¹⁰ En sus análisis encontraron que si un movimiento de esa índole intentara tomar el poder en Alemania, sería mínima la resistencia de esos grupos. Pocos años después, sus hallazgos se confirmaron. El siguiente estudio empírico importante del *Institute* indagó en la cuestión de cómo las actitudes autoritarias de las clases medias y bajas de Europa y E.U. fueron condicionadas por la cambiante estructura de la familia. Para mis propósitos es preciso examinar en más detalle los estudios empíricos realizados en E.U. en los años de 1940, que ilustraron el supuesto básico de que las populares y autoritarias tendencias sociales y políticas de derecha no fueron circunscritas únicamente a Alemania o Europa.

Pero antes de entrar en la discusión de ciertos hallazgos de esos trabajos, quisiera examinar, brevemente, el cambio de paradigma en la teoría crítica que ocurrió alrededor de 1940, reflejo de las más amplias transformaciones socioeconómicas, históricas y políticas acaecidas en Europa y E.U. en la década de 1930. Para resumir rápidamente, podríamos decir que en Europa la Gran Depresión condujo al colapso final del viejo orden económico liberal, y al surgimiento de nuevas formas de capitalismo centrado en el estado.¹¹ Esta realineación económica y política global se registró de manera más clara en la teoría crítica de Horkheimer, quien adoptó la tesis del capitalismo del estado de su amigo Friedrich Pollock, que tuvo profundas implicaciones para los trabajos teóricos y empíricos del *Institute* en las décadas siguientes.¹² Mientras que la teoría crítica de Horkheimer de los años 30 descansaba firmemente en una teoría marxista crítica y no dogmática de la transformación histórica de la moderna sociedad burguesa, la tesis del capitalismo del estado de Pollock sugería que la crítica de la economía política de Marx ya no tenía la misma importancia, ya que la dinámica independentista del capitalismo había sido controlada por estados relativamente autónomos. Ahora, la dominación social se ejercía directamente a través de la política, y no indirectamente mediante las relaciones económicas subyacentes. Otros síntomas de ese giro paradigmático en la

teoría crítica fueron la teoría de *rackets* y de la sociedad administrada, que Horkheimer y Adorno introdujeron en su *Dialectic of Enlightenment*. Estas categorías teóricas reflejaban la nueva hegemonía del modelo de capitalismo fordista-keynesiano desarrollado en E.U. en las décadas de 1930 y 1940, y consolidado en Europa occidental durante la posguerra. Nuestra perspectiva actual nos permite ver que ese periodo de capitalismo del siglo xx —que duró hasta finales de los años 60 en Europa y E.U.— fue una anomalía, una que historiadores y economistas como Eric Hobsbawm y Thomas Piketty han descrito como una “Edad Dorada” debido al crecimiento del capitalismo que no tenía precedente en la historia, y a la redistribución de la riqueza hacia abajo que ocurrió entonces.¹³ La hegemonía de los modelos económicos keynesianos y la aceptación generalizada de un robusto estado asistencialista en aquella época también crearon un clima histórico desfavorable para movimientos populares de derecha en Europa y E.U., aunque hubo unas pocas excepciones, como el macarthismo en E.U. y el movimiento Poujadist en Francia.

Dicho lo anterior, los estudiosos del *Institute* que realizaron sus principales estudios empíricos del antisemitismo, racismo y autoritarismo en E.U. en los años 40 estuvieron mucho más preocupados por la cuestión: “¿podría esto pasar aquí?”.¹⁴ El hecho de que el *Institute* diera tanta importancia a esta problemática demuestra, una vez más, que creían que el autoritarismo populista de derecha no era sólo una patología de la cultura —o retraso— alemán, sino una potencial amenaza para todas las sociedades capitalistas avanzadas que podría volverse más potente si llegaran a cambiar las condiciones objetivas. En su prefacio al *Prophets of Deceit* de Lowenthal y Guterman (1949), Horkheimer justifica su estudio de las técnicas de los agitadores autoritarios así:

Los odiosos [*batemongers*] americanos están, ahorita, en un momento bajo de influencia y prestigio. [...] Pero porque el libro enfatiza el significado del fenómeno analizado, el agitador debe estudiarse a la luz de su *potencial efectividad* en el contexto de la sociedad actual y sus dinámicas, no en términos de su efectividad inmediata.¹⁵

En pocas palabras, y aunque las condiciones objetivas en E.U. en los años 40 fueron desfavorables para movimientos sociales autoritarios, Horkheimer y sus colegas del *Institute* dedicaron mucha energía y cuantiosos recursos a estudiarlas. *Prophets of Deceit* es un excelente ejemplo. En el prefacio al libro, reconocieron explícitamente su deuda teórica al análisis de Horkheimer de las dinámicas sociales y socio-psicológicas que operaron en movimientos de protesta popular anteriores.¹⁶ Mediante un análisis del contenido de los discursos y escritos de agitadores populares de derecha en América en las décadas de 1930 y 1940, Lowenthal y Guterman buscaron descubrir las dinámicas inconscientes que operaban en la relación entre los líderes de movimientos autoritarios y sus seguidores. En su obra, aíslan alrededor de veinte diferentes temas que recurren en los textos de esos agitadores, muchos de los cuales conservan una notable relevancia para el análisis de los movimientos populares de derecha en Europa y E.U. en la actualidad. En la siguiente sección, me concentraré en algunos temas que son directamente relevantes tanto al movimiento populista de derecha que empezó en E.U. con el *Tea Party* como a su persistencia hoy bajo el liderazgo de Trump.

Lowenthal y Guterman enfatizan, en contraste a los movimientos fascistas europeos, que el agitador autoritario americano no tiene el respaldo de una tradición democrática, pre-liberal, aunque esta carencia “no impide que transmita a su público los fundamentales principios sociales del totalitarismo”.¹⁷ Escriben, “El agitador americano se apoya en clichés del patriotismo profesional, el americanismo del 4 de julio”.¹⁸ “Todo lo que puede ofrecer es una re-dedicación al marco institucional e ideológico establecido de la república americana que ha perdurado desde los padres fundadores. [...] Si acaso algo haya salido mal, sólo puede ser porque nosotros los americanos [...] nos hemos desviado del ‘*American way*’”.¹⁹ Así, el agitador apela a “individualistas que siguen creyendo en el gobierno constitucional y en el estilo de vida norteamericano”.²⁰ El anti-intelectualismo populista también figura prominentemente en su arsenal retórico, pues escribieron, “Retomando el tema de la ‘gente sencilla’ como

pretexto para fomentar una actitud agresivamente anti-intelectual, el agitador describe a sus norteamericanos como gente de buenos instintos y, le da gusto decir, poca sofisticación”.²¹ A pesar de esas apelaciones a la tradición conservadora y a la gente común, el agitador era hostil a los políticos y al gobierno, especialmente Franklin D. Roosevelt y su *New Deal*. Le “asombra la falta de valentía exhibida por los más destacados ejecutivos y gerentes comerciales de América para resistirse a las agresiones de los burócratas políticos y revolucionistas en Washington”.²² Luego Lowenthal y Guterman agregan, “Estos comentarios, aparentemente triviales, sirven para exaltar el gobierno directo de grupos de poder económico a expensas del gobierno representativo”.²³ Finalmente, aunque el agitador muestra hostilidad ante el gobierno, “invariablemente se identifica con las fuerzas de la ley y el orden, especialmente la policía”.²⁴

En su contribución a *The Authoritarian Personality*, Adorno examina varios de estos temas, especialmente cuando discute el concepto del pseudo-conservadurismo en su intento más directo de describir las típicas creencias y la estructura del carácter de la gente que en E.U. se siente más fuertemente atraída por movimientos sociales populares autoritarios. En contraste con el conservador genuino, quien está dispuesto a defender instituciones básicas de la democracia como los derechos de las minorías y el gobierno representativo, el pseudo-conservador “es un hombre que, en nombre de sostener los tradicionales valores e instituciones americanos y defenderlos contra amenazas más o menos ficticias pretende, consciente o inconscientemente, abolirlos”.²⁵ La desconfianza de los pseudo-conservadores en las instituciones democráticas existentes se basa en lo que Adorno llama un “complejo de usurpación”; es decir, la idea de que dichas instituciones han sido capturadas por fuerzas hostiles a los “verdaderos norteamericanos”. En los años 40, este vitriolo pseudo-conservador se lanzaba a menudo contra Roosevelt, quien ellos consideraban no sólo un socialista sino también un esnob elitista. Roosevelt y otros progresistas eran vistos como usurpadores porque, “asumen puestos de poder que deben reservarse a la ‘gente de derecha’ [...] los gobernando

tes legítimos son aquellos que en realidad comandan la maquinaria de producción —no los que deben su efímero poder a los procesos políticos formales—. ²⁶ Adorno sostiene que “la mentalidad pseudo-conservador busca —difusa y semiconscientemente— establecer una dictadura del grupo económicamente más fuerte; fin que se logrará mediante un movimiento masivo que promete al llamado ‘hombre pequeño’ seguridad y privilegios”. ²⁷ La profunda desconfianza de los pseudo-conservadores en el gobierno y en los políticos como especie va de la mano con su falta de empatía por los pobres y tajante rechazo de programas de asistencia. Firmes creyentes en ese “tosco individualismo económico”, los pseudo-conservadores objetan la interferencia del estado en las leyes “naturales” del mercado y acogen el espíritu del dicho que dice: “El que no trabaja, no debe comer”. Este desprecio por los pobres, vistos como parásitos, suele acompañarse de una fuerte admiración por la gente rica y exitosa que son —supuestamente— los miembros más productivos de la sociedad.

Esta ideología de productores y parásitos reaparece en un estudio del *Instituto* de los años 40 sobre el antisemitismo entre los obreros norteamericanos. ²⁸ Esa investigación reveló que, al comparar a E.U. con Europa, el antisemitismo no sólo fue más generalizado entre los obreros que en la clase media, sino también asumían formas más “modernas”. Es decir que en buena medida esos obreros no manifestaban las formas más vulgares y crudamente conspiratorias del antisemitismo europeo que concebían a los judíos como lascivos o violentos depredadores. Las formas de antisemitismo más ampliamente difundidas entre los obreros norteamericanos solían centrarse, más bien, en temas económicos y en la creencia de que los judíos trataban de evitar, a todo costo, el trabajo manual, sobreviviendo mediante la decepción y manipulación como parásitos y explotadores entre la mayoría de virtuosos trabajadores gentiles. Es interesante notar que esta forma de antisemitismo entre los obreros norteamericanos correspondía más bien a lo que Horkheimer y Adorno describieron en *Dialectic of Enlightenment* como el antisemitismo “burgués”, concepto que descansaba en la distinción ideológica entre

los “*schaffend*” y los “*raffend*”. La primera de estas dos categorías incluía a ‘virtuosos productores’, obreros y campesinos, pero también fabricantes y trabajadores de las industrias pesadas; la segunda se refería a los parásitos inmorales: burócratas, políticos, comerciantes y, especialmente, banqueros. Influidos por la crítica de Marx y Engels de Proudhon, Eugen Dühring y las formas del antisemitismo popular de izquierda y derecha del siglo XIX, Horkheimer y Adorno señalan que el antisemitismo burgués descansa sobre el ocultamiento del dominio social sobre la propiedad de los medios de producción. En contraste con Marx y Engels, quienes enfocaron su crítica en la explotación del trabajo asalariado por capital, el antisemitismo popular y el fascismo conciben al trabajo asalariado junto con el capital como aliados productivos en la lucha contra parásitos políticos y banqueros. El que estas formas burguesas de antisemitismo fueron tan ampliamente difundidas entre los obreros norteamericanos señala lo que Adorno más tarde describiría como el carácter “radicalmente burgués” de la sociedad norteamericana en general; es decir, el hecho de que la consciencia socialista –que en Europa criticaba al antisemitismo por ser el “socialismo de tontos”– casi no existía entre esos trabajadores.²⁹ Su antisemitismo fue, más bien, una distorsionada protesta contra la explotación de la mano de obra por el capital cuyos cimientos incluían la completa identificación de los obreros con los valores burgueses del trabajo duro y autodisciplina.³⁰

Antes de iniciar la fundamentación de mi tesis de que el *Tea Party* y Trump ejemplifican muchas de las características de los movimientos populares de derecha que Horkheimer, Adorno y Lowenthal identificaron, quiero regresar a mis anteriores reflexiones sobre la manera en que el desarrollo de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt se inserta en la más amplia historia del siglo XX. Comenté arriba que el surgimiento de formas ‘estado-céntricas’ del capitalismo a mediados del siglo XX creó condiciones que fueron desfavorables para los movimientos sociales autoritarios en E.U. y Europa Occidental. Pero los años de 1970 atestiguaron la transición del modelo fordista-keynesiano del capitalismo de

los años 50 y 60 a la fase post-fordista, neoliberal, que perdura hasta hoy. Aunque brevemente, quisiera proponer que estas cambiadas condiciones sociales crearon un clima que se asemejaba —en varios sentidos— más bien al de los años de 1920 y 1930, y que era mucho más propicio para movimientos populares de derecha en Europa y E.U. Tras un periodo de transición en la década de 1970, la nueva hegemonía de ideas neoliberales quedó firmemente plantada con las elecciones de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, así como la de Helmut Kohl y el “*Tendenzwende*” conservador en Alemania Occidental a principios de los 80. En los tres casos, partidos conservadores que apenas habían tomado las riendas del poder adoptaron y pusieron en práctica ideas claves del populismo de derecha, si bien sólo en forma moderada. Incluso François Mitterand en Francia se vio obligado, entrada la década de 1980, a abandonar sus ambiciosas promesas de campaña de implementar reformas económicas socialistas y, en contraste, adoptar políticas más ‘amigables’ para el comercio. En este sentido, Francia ofrece un ejemplo particularmente claro, no sólo de la derrota de las tradicionales ideas socialistas en los años 80, sino también del surgimiento de nuevos movimientos políticos autoritarios y populares de derecha. Mientras el partido socialista francés hacía serias concesiones a la nueva ortodoxia neoliberal, y el partido comunista entraba en un periodo de declive terminal, el popular derechista *Front Nationale* emergía como una nueva fuerza en la política electoral del país. Como señala el científico político holandés, Cas Mudde, la *Front Nationale* fue sólo un miembro de una nueva familia de movimientos y partidos populares de derecha que emergerían en Europa en las décadas de 1980 y 1990.³¹ El colapso del comunismo soviético en 1989 vino a reforzar la, ahora triunfalista, hegemonía del neoliberalismo y del “Consenso de Washington”, mientras que Bill Clinton y Tony Blair no dejaron duda de que los “nuevos” demócratas y el “nuevo” partido laborista habían acogido plenamente las ideas neoliberales. Cuando le preguntaron a Margaret Thatcher en 2002 sobre su mayor logro, ella contestó, “Tony Blair y el nuevo partido laborista”.

El punto central que intento establecer aquí —muy brevemente— es que las décadas de 1980 y 1990 se distinguen por un muy significativo desplazamiento hacia la derecha del espectro político en Europa y en E.U. El acogimiento del neoliberalismo por socialistas, demócratas y socialdemócratas por igual; los crecientes niveles de desigualdad y desempleo; y la amenaza de nuevas crisis capitalistas, como la del 2008, han creado un suelo fértil para que surjan nuevos movimientos populares de derecha. Claro está que las instituciones y tradiciones democráticas europeas son mucho más fuertes ahora que en los años 20 y 30, y los nuevos partidos populares de derecha reconocen las precondiciones de la democracia en lugar de oponerse a ellas. No obstante, las tres y media décadas de hegemonía neoliberal han creado condiciones —mayores niveles de pobreza, inseguridad y desesperanza— más similares a las de los años 20 y 30 que a las de las décadas de 1950 y 1960. Es por esta razón que sostengo que vale la pena revisar lo que, en otro lugar, he llamado el modelo de la temprana teoría crítica que orientó al trabajo del *Institute* en los años de 1930 y exploró la relación entre las crisis capitalistas y los movimientos sociales autoritarios. El ensayo de Horkheimer sobre “Egoism and Freedom Movements” es —como ya dije— paradigmático en este sentido, pero los escritos de Fromm en los años 30 están muy relacionados, pues tratan de las dinámicas socio-sicológicas del autoritarismo y merecen mención en este contexto.³² En contraste con el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, cuando las condiciones sociales y económicas no fueron propicias para la emergencia de movimientos autoritarios, los escritos de Horkheimer y Fromm de la década de 1930 se basan en observaciones directas de los vínculos entre las crisis del capitalismo y el populismo de derecha; por lo tanto, es preciso revisitarlos a la luz de la reciente re-emergencia de crisis y del autoritarismo en E.U. y Europa.

El resurgimiento del populismo de derecha en E.U.: el *Tea Party* y Donald Trump

En esta sección propongo examinar más de cerca el movimiento del *Tea Party* en E.U. que irrumpió en el escenario político norteamericano en la primavera de 2009 en respuesta a la elección de Barack Obama y la crisis económica de 2008. La primera llamada a mítines del *Tea Party* la emitió un reportero en Chicago llamado Rick Santelli, alarmado cuando el recién electo presidente Obama declaró su intención de ayudar a la gente amenazada con perder sus casas debido a la crisis del 2008 propiciada por el colapso de la ‘burbuja’ hipotecaria. En su diatriba, que pronto fue ‘viral’ en *YouTube*, Santelli acusó al gobierno de “premiar la mala conducta” y llamó a los “capitalistas norteamericanos” a protestar contra las medidas propuestas que “subsidiarían las hipotecas de ‘perdedores’”.³³ Pronto, el *Tea Party* se expandió hasta convertirse en uno de los más grandes movimientos de activismo político ‘desde abajo’ en E.U. desde la década de 1960. Este activismo popular, en combinación con generosas aportaciones de organizaciones políticas nacionales acaudaladas y ultraconservadoras y de poderosas empresas mediáticas también muy conservadoras —como *Fox News*— convirtieron al *Tea Party* en una nueva fuerza política sumamente relevante. Durante las elecciones de medio periodo de noviembre del 2010 —el punto más álgido de su influencia política— el *Tea Party* contribuyó significativamente al contundente triunfo republicano en que ese partido ganó 63 curules en la Cámara de los Representantes, seis curules en el Senado, seis nuevas gubernaturas, y avances igualmente impresionantes en las legislaturas estatales en toda la nación. Muchos de los candidatos triunfantes que fueron apoyados por el *Tea Party* habían vencido a Republicanos más moderados en las elecciones primarias. El efecto general de este acontecimiento consistió en desplazar al espectro político de E.U. marcadamente hacia la derecha.³⁴ Una y otra vez, sondeos realizados entre 2010 y 2011 demostraron que alrededor de 30% de los norteamericanos “apoyaban” al *Tea Party*

y que otro 20% lo hacían “fuertemente”. Aunque no pudieron impedir la reelección de Obama en 2012, sí jugaron un papel importante en las amplias ganancias de los Republicanos en las elecciones de medio periodo en 2014. En su reciente estudio, *The Tea Party and the Remaking of Republican Conservatism*, una socióloga y una científica política de la Universidad de Harvard, Theda Skocpol y Vanesa Williamson, argumentan que el *Tea Party* logró revitalizar al partido Republicano que, en fecha tan reciente como 2009, parecía estar en declive. En ese proceso, el *Tea Party* también ha empujado al partido Republicano hacia la derecha respecto de muchos temas; podríamos decir, usando la distinción de Adorno mencionada arriba, que los pseudo-conservadores del *Tea Party* han tenido éxito en fortalecer su posición *vis-à-vis* con los conservadores tradicionales en el partido.

Contra algunos comentaristas que vieron en el *Tea Party* una nueva e independiente fuerza en la política norteamericana, Skocpol y Williamson argumentan convincentemente que representa “la más reciente encarnación del populismo conservador norteamericano”.³⁵ Así, al analizar el *Tea Party* más detalladamente, no nos debe sorprender que encontremos un impactante grado de correlación entre sus creencias unificadoras y las principales características de los agitadores populares y figuras autoritarias de derecha que Horkheimer, Adorno y Lowenthal estudiaron en E.U. en la década de 1940, incluido el hiperbólico “patriotismo del 4 de julio”, las frecuentes referencias a los padres fundadores, y las llamadas para un retorno al gobierno basado directamente en la constitución, documento interpretado dogmáticamente para sostener la doctrina del *Tea Party*. De hecho, un libro muy popular entre los apoyadores del *Tea Party*, titulado *The Five Thousand Year Leap* (*El salto de los cinco mil años*), presume explicar los vínculos entre la Biblia y la constitución.³⁶ Este fundamentalismo histórico ilustra, además, la ampliamente difundida creencia en el *Tea Party* de que E.U. ha sido corrompido por elementos foráneos y, por lo tanto, necesita una purga para poder volver a su anterior estado prístino; es decir, el “complejo de usurpación” de Adorno. Entre esos elementos foráneos

están los migrantes indocumentados que 82% de los miembros del *Tea Party* ven como un “muy serio” problema. Pero mucho más serio para casi todos sus partidarios es el mismo (ex)presidente Obama. No es coincidencia el que el *Tea Party* haya emergido poco después de su elección. Similar a los agitadores de Lowenthal y las figuras autoritarias de Adorno, que consideraban a Roosevelt un comunista y esnob elitista, los miembros del *Tea Party* sostienen no sólo que Obama es un socialista y condescendiente elitista, sino un extranjero y musulmán. Skocpol y Williamson enfatizan que este enfoque en Obama como “el diablo encarnado” y la “desenfrenada paranoia anti-Obama” son, para el *Tea Party*, temas de todos los días. Pero su odio por Obama es impulsado también por la desconfianza general en el gobierno que caracteriza al *Tea Party*, cimentada en sus principios económicos ultra-liberales y su orientación social-darwinista. Según ellos, hay que dejar que las leyes “naturales” del mercado operen sin intervenciones por parte del gobierno para ayudar a los pobres. Por estas mismas razones, el *Tea Party* es anti-sindicato y pro-comercio. Además, no ven distinción alguna entre pequeños negocios y grandes corporaciones, y se oponen tajantemente a aumentos de impuestos para quien sea, incluidos los norteamericanos más acaudalados. Excepciones interesantes a su visión anti-gobierno son su indiferencia ante los enormes presupuestos para el ejército, su postura pro-policía y pro-militar, y su creencia de que es necesario imponer un control mucho más estricto sobre los migrantes indocumentados. Aquí vemos la misma actitud anti-gobierno y pro-policía que Adorno describió en *The Authoritarian Personality*, que él vinculó con el surgimiento del fascismo en Europa.

Quisiera extenderme un poco sobre la otra excepción a la perspectiva anti-gobierno del *Tea Party*, pues es uno de los más interesantes hallazgos de Skocpol y Williamson. Ellas encontraron que la mayoría de los miembros locales del *Tea Party* apoya algunos programas del gobierno, como el Seguro Social y *Medicare*, porque consideran que ayudan a ciudadanos norteamericanos “merecedores”. Algunas organizaciones nacionales libertarias de ultraderecha han apoyado y financiado a grupos locales del *Tea*

Party que abogan por privatizar el Seguro Social y el *Medicare*, pero sus posturas son poco populares entre la mayoría de los miembros, cuyo sentido de cuáles ciudadanos “merecen” y cuáles “no merecen” es más fuerte incluso que su oposición al gobierno. Skocpol y Williamson escriben,

Por encima de todo, los activistas del *Tea Party* se ven a sí mismos como miembros productivos de la sociedad. [...] Una tajante distinción entre trabajadores y no trabajadores —entre ciudadanos productivos y gorriones— es central en la cosmovisión del *Tea Party* y su concepción de América. Según los del *Tea Party*, sólo el trabajo duro conduce a la obtención de buenos ingresos y beneficios públicos honorables.³⁷

Aquí, creo, podemos percibir otro vínculo clave con las anteriores formas de populismo de derecha que analizaron Horkheimer, Adorno y Lowenthal; a saber, la ideología de productores y parásitos.³⁸ Ya vimos cómo esta ideología figuró prominentemente no sólo entre los agitadores populistas y figuras autoritarias de derecha, sino también entre los obreros antisemíticos norteamericanos. Y es la misma ideología que detectamos en la distinción nazi entre los “*schaffend*” y los “*raffend*”. El análisis de la formación histórica de las estructuras de carácter predominantes en la moderna época burguesa que Horkheimer presentó en “Egoism and Freedom Movements” puede aún ofrecer penetrantes observaciones sobre los orígenes y la función de esta ideología. Se trata, pues, de una actitud que se generalizó, primero, dentro de la burguesía ascendente, y que gradualmente fue impuesta sobre las clases bajas durante el largo y doloroso proceso mediante el cual fueron integrados en la moderna sociedad capitalista.³⁹ De hecho, se utilizó la ideología de productores y parásitos en la Revolución francesa para justificar la rebelión contra la aristocracia, y fue adoptada en el siglo XIX por algunos socialistas no marxistas para atacar a la burguesía. Pero también fue incorporada fácilmente en el arsenal ideológico de los fascistas.⁴⁰ Este giro en la ideología de “productores y parásitos” es un claro ejemplo de la transformación del populismo de izquierda al populismo de derecha que comenté al inicio en relación con el texto de Horkheimer sobre “Egoism and Freedom Movements”.

Más recientemente, Trump ha logrado dominar y expandir los movimientos populares de derecha que irrumpieron en el escenario político con la emergencia del *Tea Party*.⁴¹ Para entender el notable éxito político de Trump —pese a la oposición de la mayoría de los líderes tradicionales del partido Republicano— necesitamos examinar a detalle algunas similitudes y diferencias entre su retórica y la del *Tea Party*. En muchos sentidos, Trump sigue enfatizando elementos claves de la ideología del *Tea Party*, entre ellos la a veces virulenta y conspiratoria denigración del (ex)presidente Obama;⁴² la celebración de la policía y del derecho de portar armas consagrado en la Segunda Enmienda, junto con cáusticos ataques contra el gobierno en turno y el gobierno en general; llamadas híper-patriotas para volver a poner a E.U. en su nostálgicamente imaginado estado de grandeza, ya perdido; y diatribas contra migrantes. Respecto a este último —como es bien conocido— Trump rebasó por mucho al *Tea Party* al exigir la inmediata deportación de más de diez millones de trabajadores indocumentados, la revocación de la ciudadanía de sus hijos nacidos en E.U., y la construcción de la pared a lo largo de la frontera con México en un intento por detener futuras migraciones que, según él, será pagada por el gobierno mexicano. La afirmación de Trump de que muchos migrantes mexicanos son homicidas y violadores, más su insistencia en la popular y perjudicial asociación de musulmanes con el terrorismo y su amenaza de acotar severamente la inmigración de musulmanes a E.U., demuestran su disposición a ir más allá incluso del *Tea Party* en sus excesos retóricos xenofóbicos.⁴³ Otro aspecto clave de la retórica del *Tea Party* que Trump ha adoptado y amplificado lo podemos relacionar con lo que Adorno llamó el “complejo de usurpación”. Al igual que el *Tea Party*, Trump sugiere constantemente que el gobierno ha sido apresado por intereses especiales (ej., políticos comprometidos con cabilderos) y que es preciso “recuperarlo” para que pueda servir a la gente de la manera correcta. Trump reitera su condición de ‘hombre de fuera’ (*outsider*) financiado con recursos propios que no recibe el dinero corrompido de grupos de interés especiales y busca la presidencia sólo porque está “harto” del “sistema chueco” que

destruye la democracia norteamericana y sofoca la expresión de la voluntad del pueblo.⁴⁴ Una y otra vez, asegura a su público que “la última cosa que pensé que haría fue volverme un político”, pero en palabras que podríamos tomar textualmente de muchos de los agitadores proto-fascistas que Lowenthal estudió en los años 40, explica que aceptó a regañadientes entrar en la política porque E.U. necesita poner su casa en orden y él es el hombre perfecto para ese trabajo. Insiste en que sus logros como rico hombre de negocios y exitoso desarrollador de bienes raíces, junto con su reputación como un duro negociador, son los requisitos y cualidades ideales para “hacer América grande de nuevo”. Aquí percibimos, con incluso más claridad que en el caso del *Tea Party*, el atractivo de Trump entre la gente que cree que el gobierno debe ser manejado como un negocio y que el poder político debe estar en manos de “los que en efecto comandan la maquinaria de producción, no los que deben su poder efímero a procesos políticos formales”, tal como escribió Adorno en su análisis de la actitud pseudo-conservadora hacia el gobierno.⁴⁵

Trump también adopta la retórica de “productores y parásitos”, cuyo papel central en la ideología del *Tea Party* hemos comentado. De hecho, en un discurso que ofreció en una convención del *Tea Party* en Carolina del Sur el 16 de enero de 2016, pasó casi la mitad del tiempo describiendo el proyecto de la construcción de una cancha de hielo que él rescató del gobierno de la ciudad de Nueva York porque estaba atrasado y había excedido el presupuesto asignado. Se jactó de que, bajo *su* dirección, se terminó el proyecto antes de la fecha programada y dentro del presupuesto a fin de contrastar *su* eficiencia productiva con la derrochadora incompetencia del gobierno.⁴⁶ Trump insiste que su actividad profesional como desarrollador de bienes raíces contribuye directamente a la productividad de E.U. al emplear muchos miles de personas, también directamente. Quizá el elemento más importante que distingue a Trump de los demás candidatos republicanos —especialmente los ‘establecidos’ del partido— es que acogió el populismo económico y el proteccionismo. Promete hacer América poderosa otra vez al repatriar cientos de miles de empleos del sector manu-

facturero que han desaparecido del país desde los años 70 por culpa de acuerdos comerciales como NAFTA que benefician a las grandes empresas a expensas de los obreros norteamericanos. Además, promete castigar a las corporaciones que optan por producir en el extranjero al imponer pesados aranceles a sus productos. Crítica virulentamente al gobierno y a las élites corporativas que han olvidado por completo a, o están en contra de, “los asalariados”,⁴⁷ y promete transformar al partido Republicano en un partido de los trabajadores.⁴⁸ Muchos comentaristas sostienen que son su xenofobia y racismo los que más atraen a la gente, pero algunos estudiosos experimentados del populismo de derecha norteamericano consideran más importante su populismo económico.⁴⁹ La ideología de “productores y parásitos” aparece también en sus frecuentes diatribas contra el sector financiero —como los gestores de fondos de cobertura que sólo “barajan papeles”— y los bancos. Trump criticaba incesantemente a su más serio rival para la nominación Republicana, Ted Cruz, por recibir dinero de los grandes bancos de *Wall Street*.⁵⁰ En contraste con Cruz y los demás candidatos del partido en las elecciones primarias, Trump nunca dejó que su público olvidara que *él* financiaba su campaña con dinero propio. Incluso, extendió su aplicación de la retórica de “productores y parásitos” a las relaciones militares y comerciales internacionales. Una de las primeras medidas que prometió aplicar una vez en la presidencia fue obligar a países como Alemania, Japón y Arabia Saudita que, supuestamente, dependen de la generosidad de E.U. para su defensa militar, a pagar por este servicio o a encargarse de su propia defensa. De manera similar, en la esfera del comercio internacional, identifica reiteradamente a México y China, en particular, como países que engatusaron al ingenuo o inepto gobierno de E.U. (Obama) y aprovechan al pueblo norteamericano al mantener enormes balances comerciales a su favor.

La última, pero probablemente más importante, manera en que Trump ha adoptado e intensificado la retórica del *Tea Party* reside en el conjunto de ideas que Adorno identifica como el “seudo-conservadurismo” a que me he referido arriba. A fin de vincular explícitamente el concepto clave

del seudo-conservadurismo encontrado en su *The Authoritarian Personality* con el anterior análisis de Horkheimer de las tendencias autoritarias en los movimientos burgueses de liberación del periodo temprano moderno, debemos recordar que Adorno veía al seudo-conservadurismo como una profunda tendencia histórica que acompañó al surgimiento del capitalismo moderno en general, pero cuya expresión está impedida o facilitada por las condiciones sociales y políticas existentes en diferentes momentos de la moderna época burguesa.⁵¹ Para comprender el reciente éxito del *Tea Party* y de Trump es útil recordar también la razón por la cual Adorno distinguió entre los conservadores “seudo” y genuino; a saber, para contrastar las tendencias autoritarias de aquéllos con la, más o menos, exitosa identificación de estos últimos con los ideales de la democracia liberal. Según Adorno, una crucial característica definitoria de la aceptación por parte de los ‘genuinos’ de los aspectos “anti-represivos y sinceramente democráticos” de los ideales políticos de E.U. es un “rechazo incondicional del prejuicio contra las minorías”.⁵² El pronóstico de Adorno de que “los ‘genuinos’ conservadores se verán obligados a entrar al campo liberal por las actuales dinámicas sociales” pareció haber sido confirmado por las hondas divisiones que surgieron en el partido Republicano en los últimos diez años, primero con el *Tea Party* y ahora – incluso en mayor grado– con la abierta rebelión de Trump contra las tradicionales élites conservadores del partido.⁵³ Pero, ahora que la rebelión seudo-conservadora iniciada por el *Tea Party* y expandida por Trump ha tomado el control del partido Republicano y llevado a su autonombrado líder hasta la Casa Blanca, varios Republicanos de alto rango que anteriormente fueron muy críticos de Trump –incluidos el actual presidente de la Casa de Representantes, Paul Ryan, y el candidato Republicano a la presidencia en 2012, Mitt Romney– se muestran mucho más dispuestos a trabajar con Trump.⁵⁴

Si uno se pregunta cómo la retórica de Trump refleja el contenido del seudo-conservadurismo descrito por Adorno, muchas continuidades con los puntos esbozados arriba con relación al *Tea Party* resultan evidentes. Pero también percibimos lo que yo sostendría como la mayor diferencia

entre Trump y el *Tea Party*; a saber, la retórica y auto-presentación tan más explícitamente autoritarias de aquél. El *Tea Party* se enorgullecía de ser un movimiento descentralizado desde abajo, pero el liderazgo pomposo y agresivo de Trump ha dado al movimiento un enfoque nuevo y más centralizado. Adorno describe el deseo entre los pseudo-conservadores de un liderazgo autoritario en las siguientes palabras:

Su idea del hombre fuerte [...] está teñida de una imagen de fuerza real; el apoyo de los más poderosos grupos industriales. Para ellos, los progresistas en el gobierno son los verdaderos usurpadores [...] porque asumen posiciones de poder que deberían estar reservadas para la 'gente correcta.' Subyace a los pseudo-conservadores un sentido de 'legitimidad': los gobernantes legítimos son los que realmente dirigen la maquinaria productiva —no los que deben su efímero poder a procesos políticos formales [...] Para esta forma de pensar, la democracia formal parece estar muy distante de 'la gente,' y la gente sólo obtendrá sus derechos [cuando] los 'ineficientes' procesos democráticos sean reemplazados por un sistema —aún no bien definido— de mano dura.⁵⁵

Aunque Trump no es un industrial —un hecho que podría ser menos importante en un periodo “postindustrial”— sin duda se presenta como un productivo y eficiente hombre de negocios que cuenta con un íntimo entendimiento de “cómo hacer que se hagan las cosas” en el “mundo real” de la economía, alguien que aplicará esos métodos para “hacer América grande de nuevo”. Estudiosos y periodistas siguen debatiendo la cuestión de si Trump es más autoritario o más populista, pero su discusión pierde de vista una realidad: a menudo el populismo y el autoritarismo de derecha van de la mano, como dejó muy en claro la experiencia del fascismo europeo en las décadas de 1920 y 1930.⁵⁶ Esto no quiere decir, como algunos comentaristas aducen, que Trump sea un absoluto fascista. Aunque sus llamadas a deportar a más de diez millones de trabajadores indocumentados y sus amenazas de desatar la violencia contra sus enemigos y oponentes —junto con la tolerancia de estas ideas manifestada por sus seguidores— sin duda colocan a su retórica sólidamente en las tradiciones fascistas, Trump no ha emitido una llamada para derrocar a las instituciones políticas de E.U., y

no ha formado aún un partido político o milicias anti-democráticos propios, aunque varios grupos militantes de ultraderecha o de supremacistas blancos lo apoyan expresamente.⁵⁷

Sin embargo, Trump y muchos de sus seguidores caben en el molde del populismo autoritario de derecha; es decir, el “seudo-conservadurismo” de Adorno. Y, como reiteraría Adorno hasta su muerte en 1969, la amenaza del autoritarismo que surge *del interior* de la democracia en las modernas sociedades capitalistas es, probablemente, mayor que la que presentan los movimientos explícitamente antidemocráticos.⁵⁸ En *The Authoritarian Personality*, Adorno describe esta amenaza así:

No se puede negar que la democracia formal, bajo el actual sistema económico, no basta para garantizar permanentemente, y para lo grueso de la población, la satisfacción de los más elementales deseos y necesidades, aunque al mismo tiempo la forma democrática de gobierno es presentada como si [...] se acercara lo más posible a una sociedad ideal. El resentimiento causado por esta contradicción es vertido, por los que no logran reconocer sus raíces económicas, contra la forma de democracia en sí. Porque no cumple lo que promete, la consideran una ‘estafa’ y están listos para cambiarla por un sistema que sacrifica todo reclamo de dignidad humana y justicia, pero del cual esperan, vagamente, algún tipo de garantía para sus vidas gracias a una mejor planeación y organización.⁵⁹

Trump juega, precisamente, con este tipo de resentimiento populista y anti-político cuando anuncia y reitera en sus discursos que el actual sistema político es corrupto, pero que él es el individuo que posee lo que se necesita para no sólo revertir el lamentable declive de Norteamérica, sino hacerlo rápidamente. Por ejemplo, frente a una multitud en Rochester, Nueva York —una ciudad severamente golpeada por la decadencia postindustrial— el 10 de abril del 2016, Trump dijo: “Se necesita alguien rápido”, “Será rápido”, y “Sólo yo puedo resolver este problema”. Su mensaje de proteccionismo económico (que, ciertamente, lo aparta de otros candidatos republicanos y de la ideología neoliberal de las élites conservadoras norteamericanas en general) fue confeccionado intencionalmente para audiencias predominantemente blancas de clase baja y media-baja, como la

que asistió aquel día en Rochester. Similar a la promesa de los Nacional Socialistas de restaurar un poderoso *Volksgemeinschaft*,⁶⁰ Trump alienta a los que le escuchan a unirse a su “movimiento” para restaurar un mítico Estados Unidos en que “protegeremos y amaremos los unos a los otros”. Lanza diatribas contra los grandes bancos y cabilderos corporativos y dice a la multitud que él es “El único que puede salvar la seguridad social”.⁶¹ Aquí, una vez más, vemos a Trump colocarse, perspicazmente por cierto, al lado de los activistas locales del *Tea Party*, y contra el neoliberalismo de miembros de la élite conservadora como son los hermanos Koch y Paul Ryan, quienes abogaban por privatizar el Seguro Social. Es así como Trump se ha apropiado de los elementos comunitarios de la ideología del *Tea Party* y, al mismo tiempo, los ha intensificado al combinarlos con su atractivo como un líder autoritario que, supuestamente, posee el poder de implementarlos y de castigar a los “enemigos del pueblo” –domésticos y extranjeros por igual– que son los responsables de la decadencia de E.U.

Conclusión

*Una razón de por qué el fascismo tiene una oportunidad es que en nombre del progreso sus oponentes lo tratan como una norma histórica. El actual asombro ante el hecho de que las cosas que estamos experimentando ‘todavía’ sean posibles en el siglo XX no es filosófico. Este asombro no es el principio del conocimiento –a menos que sea el conocimiento de que la perspectiva de historia que da lugar a él es insostenible–.*⁶²

Walter Benjamin

Estas palabras de Benjamin ante el atractivo no diluido y el inexorable avance del fascismo en Europa hacia finales de la década de 1930 aún pueden iluminar las actitudes históricas dominantes e irreflexivas del siglo XXI que han generado una significativa subestimación de la amenaza –y consecuente asombro ante el actual estallido– del populismo

de derecha en Europa y E.U. Como hemos visto, Horkheimer, Fromm, Adorno y Lowenthal cimentaron sus análisis del fascismo, autoritarismo y populismo de derecha en una teoría histórica de la moderna época burguesa en sí. La provocativa tesis del ensayo parteaguas de Horkheimer, “Egoism and Freedom Movements” –que proporcionó los fundamentos históricos y teóricos para mucho del trabajo posterior del *Institute* sobre el autoritarismo– fue que las particulares dinámicas sociales y socio-psicológicas que condujeron al fascismo en Europa en las décadas de 1920 y 1930 estuvieron presentes desde el inicio mismo de la moderna sociedad burguesa. Sin duda, la constelación de relaciones sociales entre la aristocracia y las clases medias y bajas experimentó una transformación conforme la burguesía paulatinamente establecía su hegemonía a lo largo de varios siglos. No fue sino hasta que esta *dialéctica de la sociedad burguesa* alcanzara sus etapas posteriores que el fascismo se convirtiera, primero, en una posibilidad objetiva, y luego en una catastrófica realidad histórica.⁶³ En contraste con muchos teóricos “progresivos” y “evolucionarios” del periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, quienes atribuían el éxito del fascismo en Alemania e Italia a un *Sonderweg* –es decir, un “déficit de modernización” comparado con las otras democracias occidentales– Horkheimer y los teóricos críticos reconocieron que el fascismo había brotado de algunas de las tendencias más profundas y poderosas que yacían latentes en las modernas sociedades capitalistas; tendencias que no fueron eliminadas con la incondicional rendición de los fascistas en 1945. La reformulación de parte de Adorno del imperativo categórico de Kant en la década de 1960 –“la humanidad no libre [debe] arreglar sus pensamientos y acciones para que Auschwitz no vuelva a suceder, para que nada semejante pueda ocurrir”– fue una expresión viva de su convicción de que esas tendencias aún existían, incluso en las democracias liberales de la posguerra. De hecho, para los que –como yo– impugnamos las afirmaciones que sostienen que el *Tea Party*, y más explícitamente, el autoritario Trump, pueden ser descritos como “fascistas”, la elucidación de los teóricos críticos de que el fascismo re-

presenta una forma extrema de tendencias del populismo de derecha con profundas raíces en las modernas sociedades capitalistas constituye una correctiva clave para las aproximaciones ingenuas y ahistóricas al estudio del populismo y autoritarismo de derecha, que se han dejado sorprender por la reciente reemergencia de estos fenómenos en E.U. La teoría crítica ofrece una explicación mucho más incisiva que aquellos acercamientos ahistóricos a la (no tan) sorprendente *persistencia* del populismo de derecha en pleno siglo XXI.

Ejemplos de aproximaciones históricamente ingenuas pueden encontrarse en varios recientes ensayos periodísticos sobre Trump que describen el reciente “redescubrimiento” del autoritarismo entre científicos sociales académicos en E.U. En vez de explorar los méritos y deméritos de esta literatura científica social aquí, quisiera simplemente notar su displicente rechazo de todo el corpus de estudios del autoritarismo elaborados por los teóricos críticos. Por ejemplo, en marzo del 2016, Amanda Taub publicó un artículo que fue ampliamente discutido en la revista política en línea, *Vox*, en que explora el nuevo corpus de análisis del autoritarismo y sus implicaciones en un intento por entender el sorprendente éxito de Trump. Su frívola confianza en una inexorable marcha hacia adelante del progreso en las ciencias sociales emerge claramente en las siguientes afirmaciones: “tras un periodo de ciencia chatarra a mediados del siglo XX, un grupo de estudiosos más serios se ha dirigido a este [fenómeno] al examinar, específicamente, cómo se escenifica en la política norteamericana”. Para eliminar cualquier duda sobre quiénes son los culpables, Taub continúa,

El trabajo temprano no fue particularmente riguroso a la luz de los estándares actuales. El teórico crítico Theodor Adorno, por ejemplo, desarrolló lo que él llamó la ‘escala F,’ que pretendía medir tendencias fascistas. La prueba no era exacta. Replicadores sofisticados pronto descubrían cuáles respuestas eran ‘correctas’ y así pasaban la prueba. Además, no hubo pruebas que demostraran que el tipo de personalidad que supuestamente medía realmente apoyaba al fascismo.⁶⁴

Afortunadamente para nosotros, sin embargo,

a principios de los años de 1990, un científico político llamado Stanley Feldman cambió todo. [...] Se dio cuenta de que si el autoritarismo era un perfil de personalidad, y no una simple preferencia política, podría lograr que los respondientes revelaran esas tendencias al plantearles preguntas sobre un tema aparentemente mucho menos controvertido: [...] las metas de la crianza [*parenting goals*].⁶⁵

Estas caracterizaciones de Taub no son inusuales, pues encontramos afirmaciones similares en varios artículos recientes sobre el autoritarismo y Trump. Desafortunadamente, lo único que reflejan son las actuales equivocaciones respecto de los sofisticados y substantivos estudios del autoritarismo producidos por los del *Institute*. Muchas de las supuestas deficiencias en sus trabajos que Taub y otros resaltan fueron, en realidad, elementos integrales de los métodos que aplicaban en su trabajo. Por ejemplo, el supuesto descubrimiento en trabajos recientes de que las actitudes hacia la crianza de los niños son claves para identificar el autoritarismo fue utilizado en varios estudios del *Institute*.⁶⁶ No es necesario refutar la absurda afirmación de que el *Institute* consideraba el autoritarismo una preferencia política más que una compleja constelación de rasgos de personalidad, porque ésta fue, precisamente, la más básica hipótesis de *The Authoritarian Personality*. Además, Adorno y los otros miembros del *Institute* nunca cometieron el error de asumir que el autoritarismo coincidía de manera simple con visiones políticas “izquierdistas” o “derechistas”, “liberales” o “conservadoras”, como debió haber quedado claro en la discusión aquí del pseudo-conservadurismo. Los análisis de los teóricos críticos de la “rebelión conformista”, motivada por la debilidad de ego, más no por perspicacia crítica, es otro ejemplo de una postura “pseudo-crítica”. Finalmente, desde muy temprano, ellos reconocieron claramente que era preciso obtener información empírica relacionada con el autoritarismo usando medios indirectos, para evitar que los respondientes se autocensuraran. Su pericia psicoanalítica les ayudó enormemente a desarrollar técnicas cada vez más refinadas para

ganar acceso no sólo a las actitudes que manifestaban abiertamente los participantes en sus estudios, sino también a las que eran encubiertas o incluso inconscientes.⁶⁷

El resurgimiento de un poderoso movimiento populista de derecha en E.U. en las secuelas de la Gran Recesión de 2008, y la más reciente expansión de ese movimiento pseudo-conservador y la intensificación de los aspectos autoritarios de su retórica, deben ser señales que nos induzcan a recuperar los importantes descubrimientos de los teóricos críticos sobre las raíces del populismo autoritario en las modernas sociedades capitalistas, porque pueden contribuir significativamente a explicar su *persistencia* desde el siglo XX hasta el XXI. La reacción más común de la históricamente miope ciencia social contemporánea al *Tea Party* y, especialmente, al éxito de Donald Trump, ha sido una vergonzosa sorpresa. La reemergencia del populismo de derecha (primero en Europa y ahora en E.U.) durante la consolidación y, más recientemente, la crisis del capitalismo global neoliberal, de ninguna manera constituiría una sorpresa para personas que están familiarizadas con los estudios del autoritarismo de los teóricos críticos. Pero, por varias razones, hoy la memoria de esos estudios se ha debilitado sustancialmente. El intento de teóricos más recientes en Alemania –quienes se colocan orgullosamente en la tradición de la “Escuela de Frankfurt”, aunque al mismo tiempo suelen descartar la importancia contemporánea de sus fundadores– de erigir a la teoría crítica sobre firmes cimientos “normativos” ha desviado la atención de las tendencias catastróficas que existen en el aquí y el ahora. Al igual que los antiguos socialistas utópicos, los teóricos normativos piensan que nos pueden decir cómo la sociedad *debería* desarrollarse, pero están perdidos cuando deben explicar por qué, hoy en día, se está moviendo en la dirección opuesta. Como hemos visto, Horkheimer y sus colegas estaban convencidos de que la amenaza del autoritarismo era mínima en el inmediato periodo de posguerra, y de que la prosperidad económica y la relativa seguridad de las décadas de 1950 y 1960 seguían deteniendo esta amenaza. Pero los crecientes niveles de desigualdad, frustración y

ansiedad que vienen desde los años 70 han creado condiciones mucho más favorables para los movimientos populares de derecha. Así, aun cuando el recuerdo de los estudios del autoritarismo y del populismo de derecha elaborados por los teóricos críticos se haya debilitado, debemos aferrarnos a él ahora que destella en este momento de peligro.

Traducción: Paul C. Kersey

Notas

¹ Para la propia versión de Adorno de sus “experiencias científicas” en E.U., véase su ensayo, “Scientific Experiences of a European Scholar in America”, en *The Intellectual Migration: Europe and America, 1930-1960*, eds. D. Fleming y B. Baimenten (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1969), 338-70.

² “Fascism was not a coincidence”. “Vorlesungen zur Ästhetik”, noviembre 30, 1967; citado en *Frankfurter Schule und Studentenbewegung*, vol. 2, ed. Wolfgang Kraushaar (Hamburg: Zweitausendeins, 1998), 328.

³ Martin Jay, “Introduction to Horkheimer”, *Telos*, Núm. 54 (diciembre, 1982), 5.

⁴ Max Horkheimer, *Between Philosophy and Social Science: Selected Early Writings*, trad. G.F. Hunter, M.S. Kramer y J. Torpey (Cambridge, MA: MIT Press, 1993), 61-62.

⁵ *Ibid.*, 97.

⁶ Aquí, el análisis de la transformación del populismo de Horkheimer anticipa trabajos históricos más recientes sobre la relación entre fascismo y populismo por estudiosos como Peter Fritzsche, Geoff Eley, Ernesto Laclau y Zeev Sternhell. Para una discusión de este conjunto de obras y su reconceptualización de la relación entre populismo y fascismo, véase mi ensayo, “Transformations of Producerist Populism in Western Europe”, en *Transformations of Populism in Europe and the Americas: History and Recent Tendencies*, eds. J. Abromeit, B. Chesterton, Y. Norman y G. Marotta (Londres y Nueva York: Bloomsbury, 2016), 231-64.

⁷ El libro de Gustave Le Bon, *The Crowd: A Study of the Popular Mind*, publicado originalmente en 1895, es un excelente ejemplo de esta amplia tendencia. Allí, Le Bon se presenta como un Macchiavello contemporáneo que escribe un práctico manual político para las élites conservadoras que les enseña cómo manipular a las masas y conservar su poder. No es coincidencia el que Mussolini fuera un ávido lector y admirador del trabajo de Le Bon.

⁸ Peter Fritzsche, *Germans into Nazis* (Cambridge, MA: Harvard University Press), 111.

⁹ Para una discusión más detallada de esta línea de investigación, véase la referencia en la nota 5.

¹⁰ Erich Fromm, *Arbeiter und Angestellte am Vorabend des Dritten Reiches: Eine sozialpsychologische Untersuchung*, ed. Wolfgang Bons (Múnich: Deutscher Taschenbuch Verlag, 1983).

¹¹ Para una versión clásica de este giro, véase Karl Polanyi, *The Great Transformation* (Nueva York: Rinehart, 1944).

¹² Para una discusión del giro en la teoría crítica de Horkheimer ocurrido *ca.* 1940 cuando adoptó la tesis de Pollock del capitalismo de estado, véase Moïse Postone y Barbara Brick, "Critical Theory and Political Economy", en *On Max Horkheimer: New Perspectives*, eds. S. Benhabib, W. Bons y J. McCole (Cambridge, MA: MIT Press, 1993), pp. 215-56; para una interpretación distinta, véase mi estudio, *Max Horkheimer and the Foundations of the Frankfurt School*, *op. cit.*, 394-424.

¹³ Eric Hobsbawm, *The Age of Extremes: A History of the World, 1914-1991* (Nueva York: Vintage Books, 1994), 257-88; Thomas Piketty, *Capital in the Twenty-First Century* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2014), 20-27, 271-303.

¹⁴ Como señala Eva-Maria Ziege en su *Antisemitismus und Gesellschaftstheorie: Die Frankfurter Schule im amerikanischen Exil* (Frankfurt a.M.: Suhrkamp, 2009), 169-71.

¹⁵ Max Horkheimer, "Introduction", a Leo Lowenthal y Norbert Guterman, *Prophets of Deceit: A Study of the Techniques of the American Agitator* (Nueva York: Harper & Brothers, 1949), xii (énfasis agregado).

¹⁶ Lowenthal y Guterman, "Preface", *Ibid.*, xvi.

¹⁷ *Ibid.*, 135.

¹⁸ *Ibid.*, 106.

¹⁹ *Ibid.*, 96.

²⁰ *Ibid.*, 108.

²¹ *Ibid.*, 109.

²² Citado por Lowenthal y Guterman, *Ibid.*, 48.

²³ *Idem.*

²⁴ *Ibid.*, 100.

²⁵ Theodor W. Adorno, Else Frenkel-Brunswik, Daniel J. Levinson, R. Nevitt Sanford, *The Authoritarian Personality* (Nueva York: Harper & Brothers, 1950), 676.

²⁶ *Idem.*

²⁷ *Ibid.*, 685.

²⁸ Para una discusión más detallada del estudio del *Institute* del antisemitismo entre obreros norteamericanos, véase Mark P. Worrell, *Dialectic of Solidarity: Labor*,

Antisemitism and the Frankfurt School (Chicago: Haymarket Books, 2008), y Eva-Maria Ziege, *Antisemitismus und Gesellschaftstheorie*, *op. cit.*, 180-228.

²⁹ Adorno refirió a Estados Unidos como un “país radicalmente burgués” en su ensayo “Über Tradition”, *Gesammelte Schriften*, vol. 10.1, ed. Rolf Tiedemann (Frankfurt a.M.: Suhrkamp, 1977), 310. Para un análisis del papel más significativo del racismo en la formación de identidades “blancas” entre la clase trabajadora norteamericana (identidades que también tenían claras características burguesas) véase John Abromeit, “Whiteness as a Form of Bourgeois Anthropology? Historical Materialism and Psychoanalysis in the Work of David Roediger, Max Horkheimer, Erich Fromm, and Herbert Marcuse”, *Radical Philosophy*, vol. 16, No. 1 (2013), 325-343.

³⁰ Worrel, *Dialectic of Solidarity*, 119-88.

³¹ Cas Mudde, “Populist Radical Right Parties in Europe Today”, *Transformations of Populism in Europe and the Americas*, *op. cit.*, 295-307.

³² Para un panorama general de la obra de Fromm en los años de 1930 sobre las dimensiones socio-psicológicas del autoritarismo, véase Abromeit, *Max Horkheimer and the Foundations of the Frankfurt School*, *op. cit.*, 201-11, 282-88.

³³ Citado en Theda Skocopl y Vanesa Williams, *The Tea Party and the Remaking of American Conservatism* (Nueva York: Oxford University Press, 2012), 7.

³⁴ El científico político de Stanford, Adam Bonica, sostiene que la Casa de Diputados (*House of Representatives*) experimentó su más pronunciado giro ideológico hacia la derecha en las secuelas de las elecciones del 2010, incluso más radical que después de la llamada “Revolución Republicana” encabezada por Newt Gingrich en 1994. Véanse las discusiones de Skocopl y Williams sobre las tesis de Bonica en *The Tea Party and the Remaking of American Conservatism*, *op. cit.*, 168-70.

³⁵ *Ibid.*, 81.

³⁶ Sobre la interpretación muy selectiva y tendencialmente fundamentalista de la constitución de E.U. del *Tea Party*, véase Jill Lepore, *The White of their Eyes: The Tea Party's Revolution and the Battle over American History* (Princeton y Oxford: Princeton University Press, 2010), especialmente 118-25.

³⁷ *The Tea Party and the Remaking of American Conservatism*, *op. cit.*, 65-66. Estas creencias pueden verse asimismo en los mítines del *Tea Party*, donde participantes llevan pancartas que dicen, “Redistribuyan mi ética de trabajo”, o “Sigam trabajando; miles que reciben asistencia pública dependen de Uds.”.

³⁸ Sobre la importancia de la ideología de “productores y parásitos” para el *Tea Party*, véase también Ronald P. Formisano, *The Tea Party: A Brief History* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2012), 20.

³⁹ Para un análisis de las maneras en que este proceso difirió entre E.U. y Europa, debido a la presencia de una amplia sub-clase negra, véase mi ensayo, “Whiteness as a Form of Bourgeois Anthropology?”, citado arriba, nota 28.

⁴⁰ Para un análisis más detallado de la transformación de la ideología populista de “productores y parásitos” desde la izquierda a la derecha en Europa en el periodo desde la revolución francesa hasta el fascismo, véase mi ensayo, “Transformations of Producerist Populism”, citado en la nota 5.

⁴¹ El siguiente análisis de Trump se enfoca en las estrategias retóricas que él desarrolló durante su campaña. No es éste el lugar para indagar en cómo –desde que ganó la elección– se haya distanciado de algunos de sus más absurdos pronunciamientos, porque este proceso seguía mientras yo escribía el presente ensayo.

⁴² Donald Trump fue uno de los primeros en cuestionar la ciudadanía de Obama y participó activamente en el llamado movimiento “birther”.

⁴³ Sobre la disposición de Trump de violar los tabúes que sostienen los conservadores tradicionales, véase el siguiente artículo de Rick Perlstein, connotado historiador de los movimientos políticos conservadores contemporáneos en E.U.: <http://washingtonspectator.org/donald-trump-y-la-f-word/>. Allí, sostiene que “Donald Trump es el primer candidato líder republicano para la presidencia en atreverse a adoptar una demagogia tan pura”.

⁴⁴ Véase, por ejemplo, el discurso de Trump en Rochester, Nueva York el 10 de abril del 2016, en: <https://www.youtube.com/watch?v=NqRMaD3HWHo>.

⁴⁵ Citado arriba, p. 8.

⁴⁶ Este discurso de Trump puede encontrarse en: <https://www.youtube.com/watch?v=n-zN5k4Gu40>.

⁴⁷ Del discurso de Trump en Rochester en abril del 2016, citado en la nota 43.

⁴⁸ Como reportó la revista en-línea, *Político*, el 26 de mayo del 2016: <http://www.politico.com/story/2016/05/trump-gop-workers-party-223598>.

⁴⁹ Para un argumento que enfatiza el populismo económico de Trump, véase Thomas Frank, “Millions of ordinary Americans support Donald Trump. Here’s why”. *The Guardian* (marzo 7, 2016): <https://www.theguardian.com/commentisfree/2016/mar/07/donald-trump-por-que-americans-support>

⁵⁰ Aquí, es evidente el eco populista de derecha de las críticas populistas de izquierda de Bernie Sanders hacia Hillary Clinton.

⁵¹ Adorno argumenta, por ejemplo, que “La razón de por qué el pseudo-conservador parece ser un fenómeno característicamente moderno no es que se haya agregado algún nuevo elemento psicológico a este síndrome particular, que se estableció probablemente durante los últimos cuatro siglos, sino que las condiciones social objetivas hacen más fácil que esta estructura de carácter llegue a expresarse en sus opiniones declaradas”, *The Authoritarian Personality*, 676.

⁵² *Ibid.*, 675.

⁵³ Antes de que Trump capturara la nominación republicana y, ahora, la presidencia, muchos poderosos miembros de la élite del partido, como George H.W. Bush,

George W. Bush y Mitt Romney, así como algunos de los donadores más acaudalados, como los hermanos Koch, se rehusaron a apoyarlo.

⁵⁴ Durante las primarias del 2016, Trump creó una suerte de prueba litmus que obligaba a los republicanos a identificarse con él, como pseudo-conservadores, o en su contra, como conservadores genuinos. Pero el que la mayoría ahora ha demostrado su disposición a trabajar con Trump parece impugnar a Adorno cuando argumenta que los compromisos de las élites conservadoras con los principios liberal-democráticos las llevarían a rechazar a los pseudo-conservadores para gravitarse hacia los liberales moderados.

⁵⁵ *Ibid.*, 677-78, 686.

⁵⁶ Para una crítica de varios artículos que sostienen que Trump es un autoritario, véase Wendy Rahn y Eric Oliver, “Trump’s voters aren’t authoritarians, new research says. So what are they?” *Washington Post*, marzo 9, 2016.

⁵⁷ Sobre el apoyo para Trump entre la extrema derecha, los supremacistas blancos y los neo-nazis en E.U., véase Peter Holley y Sarah Larimer, “How America’s dying white supremacist movement is seizing on Donald Trump’s appeal”, *Washington Post*, febrero 29, 2016.

⁵⁸ En las célebres palabras de Adorno de 1959, “Considero que la sobrevivencia del Socialismo Nacional *dentro de la* democracia es potencialmente más amenazante que la sobrevivencia de tendencias fascistas *contra la* democracia”. Theodor W. Adorno, “The Meaning of Working through the Past”, en *Critical Models: Interventions and Catchwords*, ed. y trad. Henry Pickford (Nueva York: Columbia University Press, 1998), 90.

⁵⁹ *Authoritarian Personality*, *op. cit.*, 678.

⁶⁰ Sobre la importancia del concepto de *Volksgemeinschaft* (“la comunidad de la gente”) para la ideología nazi, véase Peter Fritzsche, *Germans into Nazis* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1998).

⁶¹ Como Trump declaró en su discurso en abril del 2016 en Rochester, citado en la nota 43.

⁶² Walter Benjamin, “Theses on the Philosophy of History”, en *Illuminations*, ed. Hannah Arendt, trad. Harry Zohn (Nueva York: Schocken, 1968), 257.

⁶³ Para una discusión del concepto de la “dialéctica de la sociedad burguesa”, que he acuñado para describir ciertos presupuestos históricos y teóricos claves que guían el trabajo temprano de Horkheimer, véase mi estudio, *Max Horkheimer and the Foundations of the Frankfurt School*, 4, 394-95, 425-32.

⁶⁴ Amanda Taub, “The rise of American Authoritarianism”, *Vox*, marzo 1, 2016: <http://www.vox.com/2016/3/1/11127424/trump-authoritarianism>.

⁶⁵ *Ibid.*

⁶⁶ Desde el primer estudio empírico mayor del *Institute* —sobre las actitudes de trabajadores de cuello azul y cuello blanco en la Alemania Weimar— Horkheimer y Fromm incluyeron preguntas sobre la crianza de niños que concebían como indicadores indirectos de autoritarismo, manifiesto o latente. En su gran proyecto empírico, *Studies on Authority and Family*, las actitudes hacia las prácticas de crianza ocuparon, nuevamente, un lugar central, como sugiere el título. En estudios posteriores, este tema siguió presente, pero los teóricos críticos fueron demasiado sofisticados como para creer que esas actitudes, por sí solas, bastaban para dar indicaciones confiables de predisposiciones autoritarias.

⁶⁷ Para una discusión de esas técnicas, véase mi reseña de la primera traducción al inglés del “Group Experiment”, el primer gran estudio empírico realizado por el *Institute* tras su restablecimiento en Frankfurt después de la Segunda Guerra Mundial: *Journal of Modern History*, vol. 85, no. 1 (marzo 2013), 161-168.

Referencias

- ABROMEIT, John, “Book review of Theodor W. Adorno, *Guilt and Defense: On the Legacies of National Socialism in Postwar Germany*; Friedrich Pollock and Theodor W. Adorno, *Group Experiment and Other Writings: The Frankfurt School on Public Opinion in Postwar Germany*; Mark P. Worrell, *Dialectic of Solidarity: Labor, Antisemitism, and the Frankfurt School*”, *Journal of Modern History*, vol. 85, Núm. 1 (marzo 2013), 161-168.
- _____, “Transformations of Producerist Populism in Western Europe”, en *Transformations of Populism in Europe and the Americas: History and Recent Tendencies*, eds. J. Abromeit, B. Chesterton, Y. Norman y G. Marotta, Londres y Nueva York: Bloomsbury, 2016.
- _____, “Whiteness as a Form of Bourgeois Anthropology? Historical Materialism and Psychoanalysis in the Work of David Roediger, Max Horkheimer, Erich Fromm, and Herbert Marcuse”, *Radical Philosophy*, vol. 16, No. 1 (2013).
- ADORNO, Theodor W., “Scientific Experiences of a European Scholar in America”, en *The Intellectual Migration: Europe and America, 1930-1960*, eds. D. Fleming y B. Baimenten, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1969.
- _____, “Vorlesungen zur Ästhetik”, noviembre 30, 1967; citado en *Frankfurter Schule und Studentenbewegung*, vol. 2, ed. Wolfgang Kraushaar, Hamburg: Zweitausendeins, 1998.
- _____, “The Meaning of Working through the Past”, en *Critical Models: Interventions and Catchwords*, ed. y trad. Henry Pickford, Nueva York: Columbia University Press, 1998.

- _____, "Über Tradition", *Gesammelte Schriften*, vol. 10.1, ed. Rolf Tiedemann, Frankfurt a.M.: Suhrkamp, 1977.
- ADORNO, Theodor W., Else Frenkel-Brunswik, Daniel J. Levinson, R. Nevitt Sanford, *The Authoritarian Personality*, Nueva York: Harper & Brothers, 1950.
- BENJAMIN, Walter, "Theses on the Philosophy of History", en *Illuminations*, ed. Hannah Arendt, trad. Harry Zohn, Nueva York: Schocken, 1968.
- FORMISANO, Ronald P., *The Tea Party: A Brief History*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2012.
- FRANK, Thomas, "Millions of ordinary Americans support Donald Trump. Here's why". *The Guardian* (marzo 7, 2016): <https://www.theguardian.com/commentisfree/2016/mar/07/donald-trump-por-qué-americans-support>
- FRITZSCHE, Peter, *Germans into Nazis*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1998.
- FROMM, Erich, *Arbeiter und Angestellte am Vorabend des Dritten Reiches: Eine sozialpsychologische Untersuchung*, ed. Wolfgang Bons, Múnich: Deutscher Taschenbuch Verlag, 1983.
- GASS, Nick, "Trump: GOP will become 'worker's party' under me", *Político*, disponible en: <http://www.politico.com/story/2016/05/trump-gop-workers-party-223598>.
- HOBBSAWM, Eric, *The Age of Extremes: A History of the World, 1914-1991*, Nueva York: Vintage Books, 1994.
- HOLLEY, Peter y Larimer, Sarah, "How America's dying white supremacist movement is seizing on Donald Trump's appeal", *Washington Post*, febrero 29, 2016.
- HORKHEIMER, Max, "Introduction", a Leo Lowenthal y Norbert Guterman, *Prophets of Deceit: A Study of the Techniques of the American Agitator*, Nueva York: Harper & Brothers, 1949.
- _____, *Between Philosophy and Social Science: Selected Early Writings*, trad. G.F. HUNTER, M.S. Kramer y J. Torpey, Cambridge, MA: MIT Press, 1993.
- JAY, Martin, "Introduction to Horkheimer", *Telos*, Núm. 54 (diciembre), 1982.
- LEPORE, Jill, *The White of their Eyes: The Tea Party's Revolution and the Battle over American History*, Princeton y Oxford: Princeton University Press, 2010.
- PIKETTY, Thomas, *Capital I the Twenty-First Century*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2014.
- POLANYI, Karl, *The Great Transformation*, Nueva York: Rinehart, 1944.
- POSTONE, Moische y Brick, Barbara, "Critical Theory and Political Economy", en *On Max Horkheimer: New Perspectives*, eds. S. Benhabib, W. Bons y J. McCole, Cambridge, MA: MIT Press, 1993.
- RAHN, Wendy y Oliver, Eric, "Trump's voters aren't authoritarians, new research says. So what are they?", *Washington Post*, marzo 9, 2016.

- RICK Perlstein, "Donald Trump and the 'F-Word'. An unsettling symbiosis between man and mob", *The Washington Spectator*, disponible en: <http://washingtonspectator.org/donald-trump-y-la-f-word/>
- SKOCOPL, Theda y Williams, Vanesa, *The Tea Party and the Remaking of American Conservatism*, Nueva York: Oxford University Press, 2012.
- TAUB, Amanda, "The rise of American Authoritarianism", *Vox*, marzo 1, 2016: <http://www.vox.com/2016/3/1/11127424/trump-authoritarianism>.
- TRUMP, Donald, discurso en Rochester, Nueva York, 10 de abril del 2016, disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=NqRMaD3HWHo>.
- WORRELL, Mark P., *Dialectic of Solidarity: Labor, Antisemitism and the Frankfurt School*, Chicago: Haymarket Books, 2008.
- ZIEGE, Eva-Maria, *Antisemitismus und Gesellschaftstheorie: Die Frankfurter Schule im amerikanischen Exil*, Frankfurt a.M.: Suhrkamp, 2009.



Recepción: 3 de mayo de 2017

Aceptación: 23 de agosto de 2017